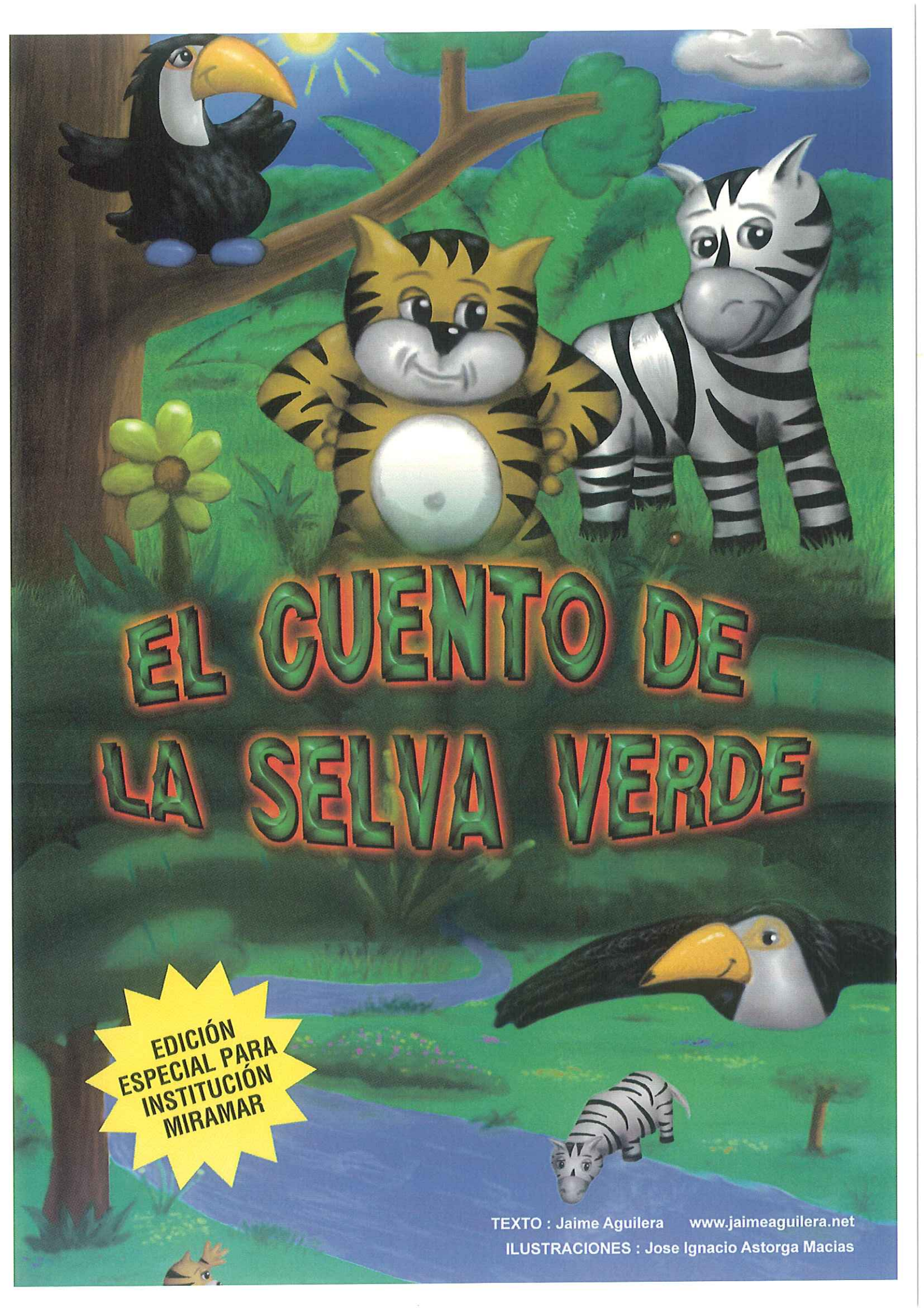




EL CUENTO DE LA SELVA VERDE

EDICIÓN
ESPECIAL PARA
INSTITUCIÓN
MIRAMAR

TEXTO : Jaime Aguilera www.jaimeaguilera.net
ILUSTRACIONES : Jose Ignacio Astorga Macias



EL CUENTO DE LA SELVA VERDE

El tucán Tuca, la cebra Cebrián y el tigre Tigretón vivían en La Selva Verde. Se llamaba así porque era una selva muy verde, extraordinariamente verde. Tan verde, tan verde, tan verde que los caminos se llamaban "verdedas" y los arroyos "verdedos". Lo único en la selva verde que no era verde era el pico amarillo de Tuca, las rayas blancas y negras de Cebrián y las rayas naranjas y negras de Tigretón.

Un día, el Sol de la Selva Verde le dijo a la Lluvia de la Selva Verde que estaba cansado de salir todos los días en la Selva Verde. La Lluvia de la Selva Verde le contestó que también ella tenía que trabajar casi todos los días, y que también ella estaba muy cansada. Así fue como al día siguiente, el Sol y la Lluvia de la Selva Verde hicieron las maletas y se fueron de vacaciones a un apartamento de la Costa del Sol.

Tuca, Cebrián y Tigretón se despertaron al siguiente día y vieron que todo seguía oscuro, como si todavía fuera de noche, y que todas las plantas, los árboles, las verdedas y los verdedos de la Selva Verde se estaban poniendo verde oscuro.

Cebrián comenzó a llorar y le dijo a Tuca y a Tigretón:

- ¡Yo me voy de aquí, hasta mis rayas blancas se están volviendo negras, aquí no se puede vivir!

Tigretón, que era el más valiente, le dijo a Cebrián:

- ¡No llores más Cebrián, hay que ser valiente y hay que buscar una solución!



Así que, después de pensar un rato, los tres amigos decidieron llamar por teléfono al Sol de la Selva Verde para preguntarle si él sabía lo que pasaba. Fue así como Tuca, que era el que tenía más pico de los tres, marcó el número:

- Buenos días..., bueno, no tan buenos. ¿Es usted el Sol de la Selva Verde?

- Sí, al aparato –dijo el Sol.

- Mire usted, somos el tucán Tuca, la cebra Cebrián y el tigre Tigretón. Le llamamos porque toda la Selva Verde se está volviendo negra, incluso mi pico se está poniendo negro, las rayas blancas de Cebrián ya casi no se ven y las rayas naranjas de Tigretón están perdiendo el color.

- Lo que ocurre, Tuca, es que la Lluvia y yo nos hemos venido a mi apartamento de la Costa del Sol, que ya va siendo hora de que nos tomemos unas vacaciones...

Después de colgar el teléfono, los tres amigos se quedaron muy callados. Hasta que Cebrián comenzó a llorar de nuevo:

- ¡Esto es el final, yo me voy de aquí antes de que me convierta en un caballo negro!

- Ni tu te vas a convertir en un caballo negro –dijo Tigretón-, ni Tuca en un cuervo ni yo en un pantera. ¡Busquemos una solución!

- Se me ocurre –dijo Tuca- que podemos llamar a nuestras amigas las luciérnagas. Si todas dan luz al mismo tiempo conseguirán que parezca que el Sol de la Selva Verde no se ha ido de vacaciones...



Y fue así como al día siguiente cerca de un millón de luciérnagas se colocaron en el cielo oscuro de la Selva Verde y comenzaron a dar luz con todas sus fuerzas.

Pero desde el primer momento se vio que todas las luciérnagas del mundo juntas no serían capaces de irradiar la luz esplendorosa del Sol de la Selva Verde: parecía una noche con luz de luna, pero no un día con luz de sol. Los tres amigos se desesperaban cada vez más, especialmente Cebrián:

- ¡Esto es el final, yo me voy de aquí antes de que me convierta en un caballo negro!

- Me parece, Tuca –dijo un Tigretón cada vez más oscuro-, que no ha sido buena idea llamar a nuestras amigas las luciérnagas. Habrá que pensar otra cosa, y rápido, porque la Selva Verde, además de oscura, cada vez está más seca...

- Lo que podemos hacer –dijo el emprendedor Tuca- es llamar a los castores del Bosque Verde, seguro que ellos nos ayudan a almacenar la poca agua que nos queda...

Y fue así como al día siguiente un regimiento de castores construyeron una presa que recogió los hilos tristes de agua en que habían convertido los verdedos de la Selva Verde.



Pero las plantas no podían beber del embalse construido y este, además, poco a poco, también se iba consumiendo conforme bebían los animales.

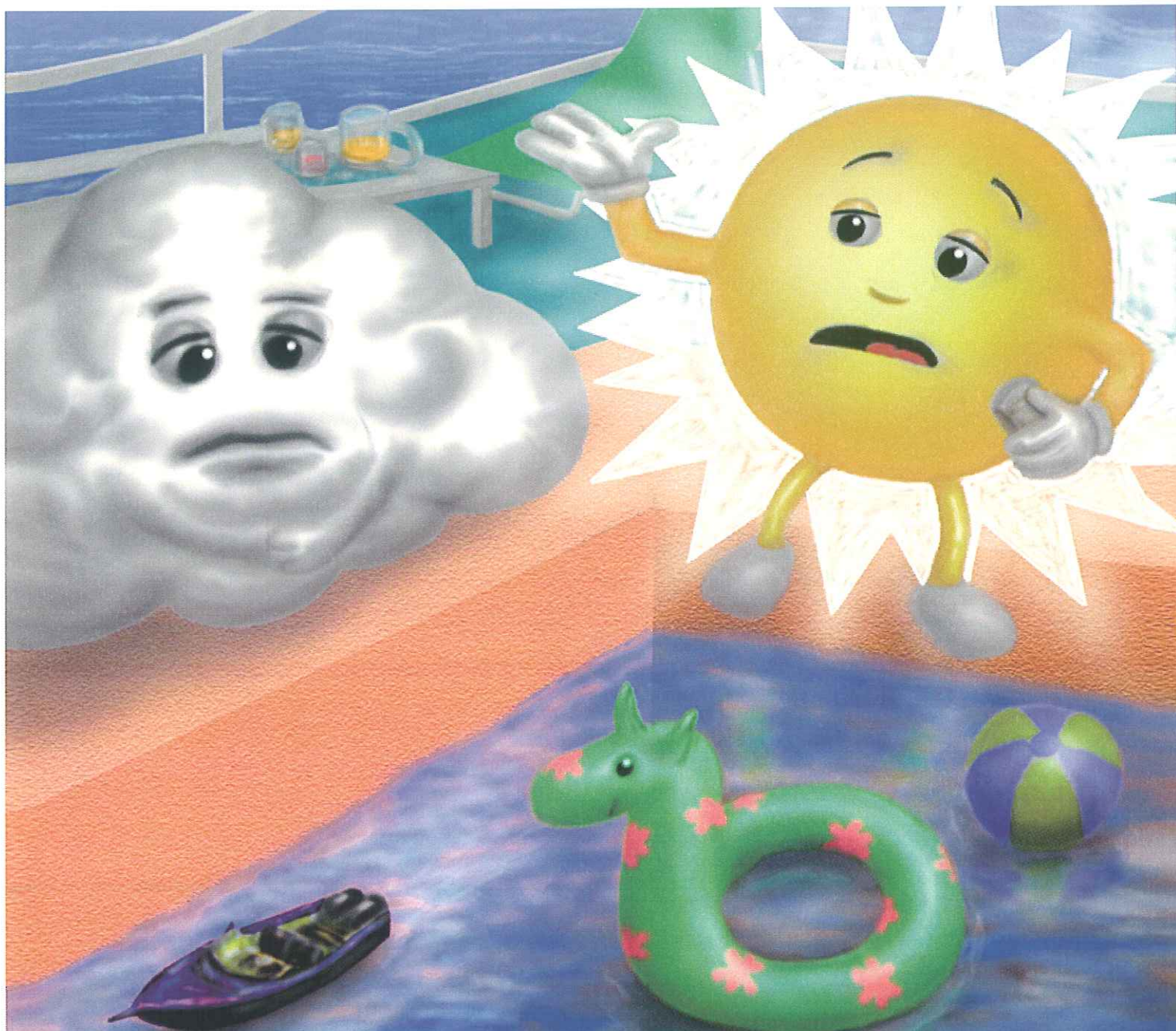
- ¡Esto es el final, yo me voy de aquí antes de que me convierta en un caballo negro y reseco!

- Me parece, Tuca –dijo un Tigretón deshidratado-, que no ha sido buena idea llamar al regimiento de castores. Habrá que pensar otra cosa.

- Se me ocurre –dijo por tercera vez un Tuca incansable- que podemos llamar a mis primos los loros azules, que son los únicos pintores que conozco, para que con una buena mano de pintura le den luz y color a la Selva Verde.

Y fue así como al día siguiente más de cien loros azules pintores acudieron a la llamada de su primo Tuca. Estuvieron muchas horas trabajando y, al final de la jornada, la Selva Verde había dejado de ser negra.

Sólo había un problema, Tuca había olvidado que sus primos los loros azules pintores sólo sabían pintar de color azul: así que la selva que fue verde, y después negra, ahora era todo de color azul, incluidas sus verdedas y sus verdedos, por los que ya no corría agua de ningún color. Hasta el pico de Tuca era azul, y hasta las rayas de Cebrián y de Tigretón eran azules. Por tercera vez, Cebrián no pudo reprimir sus lágrimas:



- ¡Esto es el final, yo me voy de aquí antes de que me convierta en un caballo azul!

- Me parece, Tuca –dijo un Tigretón azulado-, que no ha sido buena idea llamar a tus primos los loros azules.

Tuca, avergonzado de haber perdido el imponente amarillo de su pico, no se amedrentó y, de nuevo, tomó la iniciativa: cogió de nuevo el teléfono y volvió a llamar al Sol de la selva que fue verde.

- Sol, soy yo otra vez, Tuca. Te pido, por favor, que tú y la Lluvia volváis pronto de vuestras vacaciones, porque esta selva ya no es la misma desde que os habéis ido, primero ha sido negra y ahora es toda azul, y encima ya no nos queda agua ¡Os lo pedimos por favor...!

Hubo un silencio al otro lado de la línea telefónica. Un silencio que se hizo muy largo para los tres amigos. Un silencio que se rompió con una voz apagada del Sol de la Selva Verde:

- Espera un momento, Tuca, no cuelgues, voy a hablar con la Lluvia...



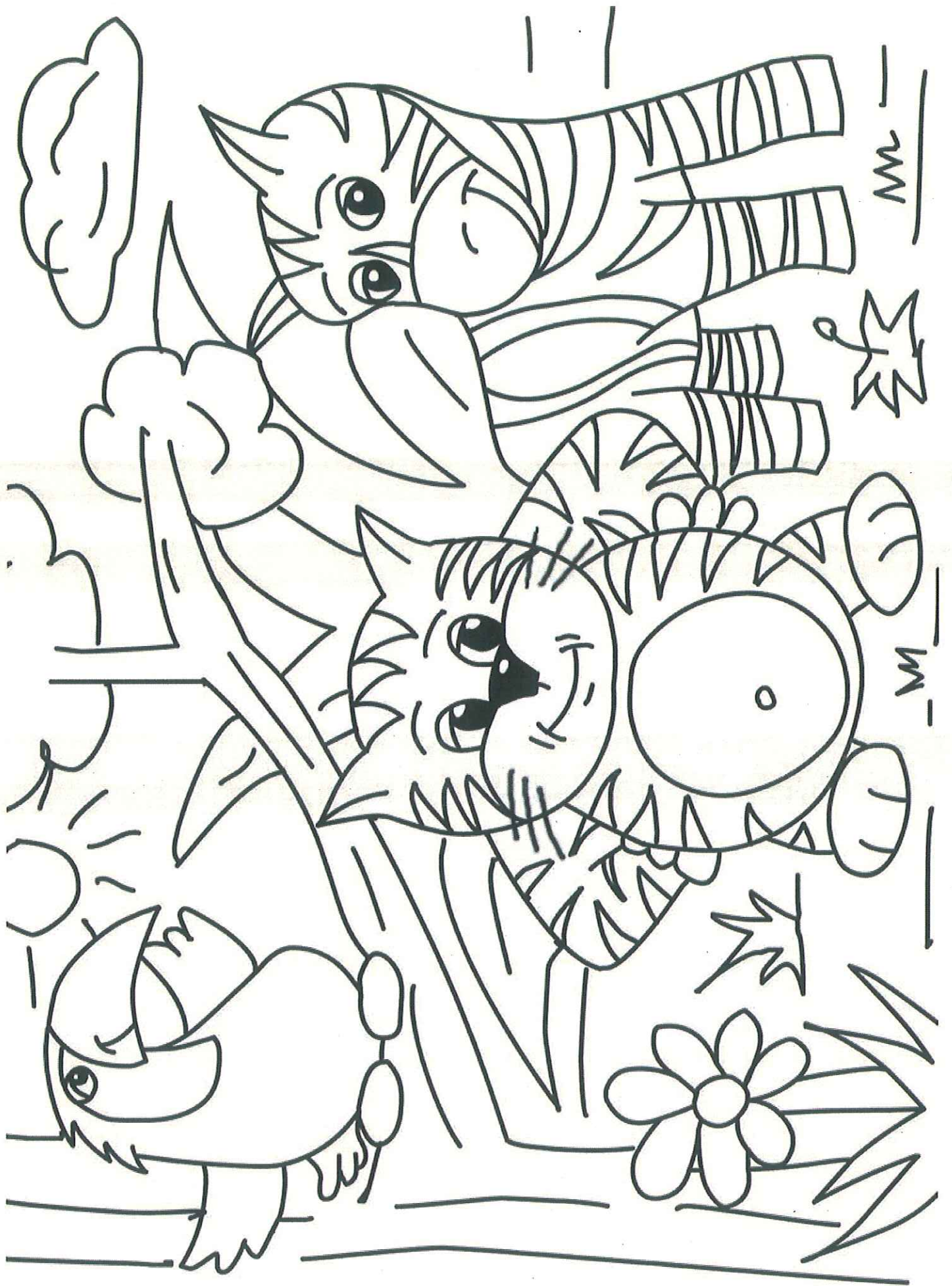
De nuevo otro silencio. Tigretón y Cebrián le hacían gestos de impaciencia a Tuca, y este les requería para que esperaran. Tras un silencio más largo que el anterior, otra vez se escuchó la voz del Sol de la Selva Verde.

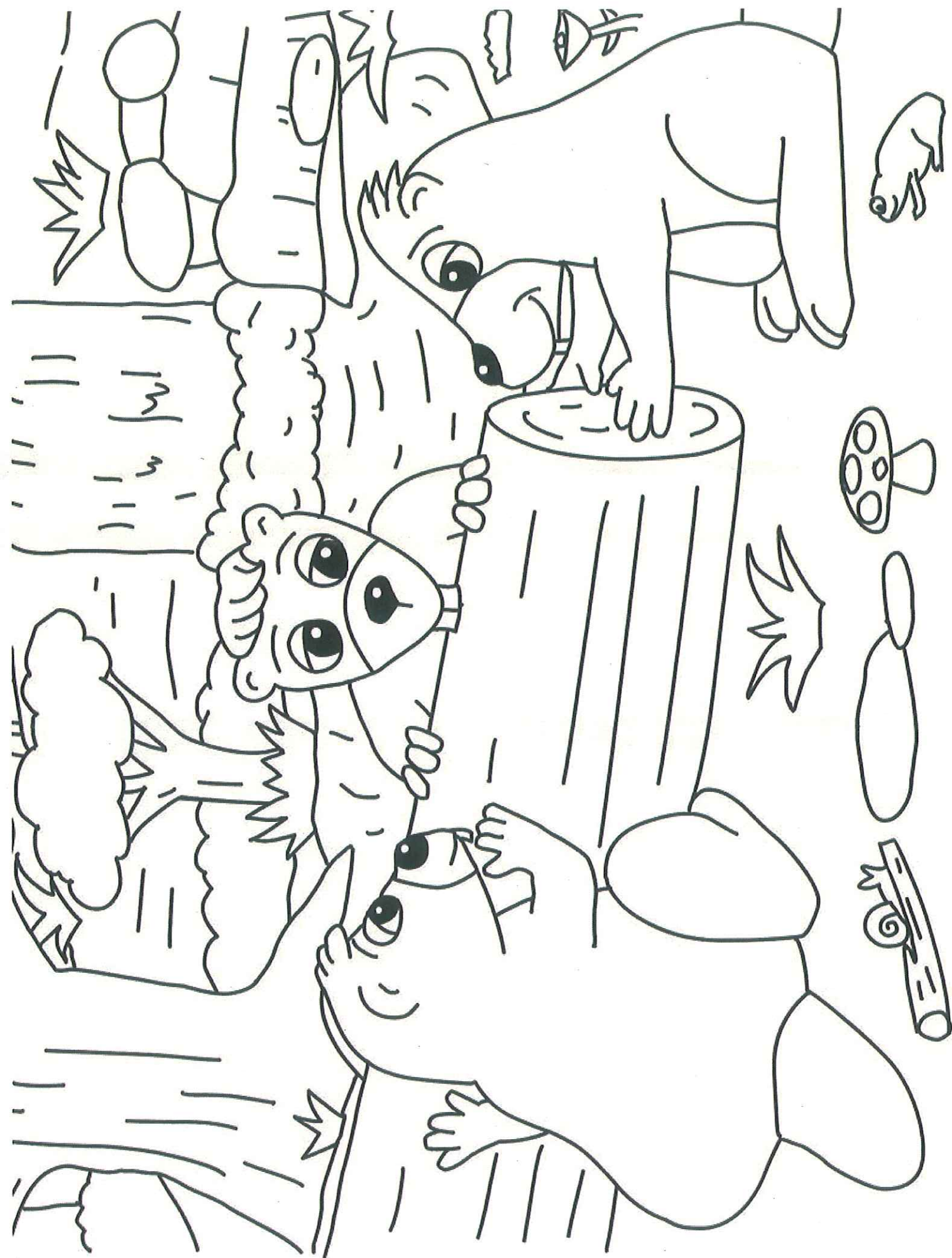
- La verdad es que no es muy justo. Todo el mundo descansa algún día al menos. Pero está visto que en cuanto que la Lluvia y yo faltamos unos días la Selva Verde se convierte en la selva negra o en la selva azul. Pero bueno, qué le vamos a hacer, nos toca trabajar otra vez. Al fin y al cabo la Lluvia y yo también echamos de menos a nuestra Selva Verde.

Y fue así como la Lluvia y el Sol de la Selva Verde hicieron de nuevo sus maletas y volvieron a instalarse encima de su selva. Primero fue un aguacero el que limpió toda la pintura azul y llenó de agua fresca a los verdedos. Después fue una luz esplendorosa la que hizo reaparecer el verde verdor de toda la selva verde, incluidas las verdedas.

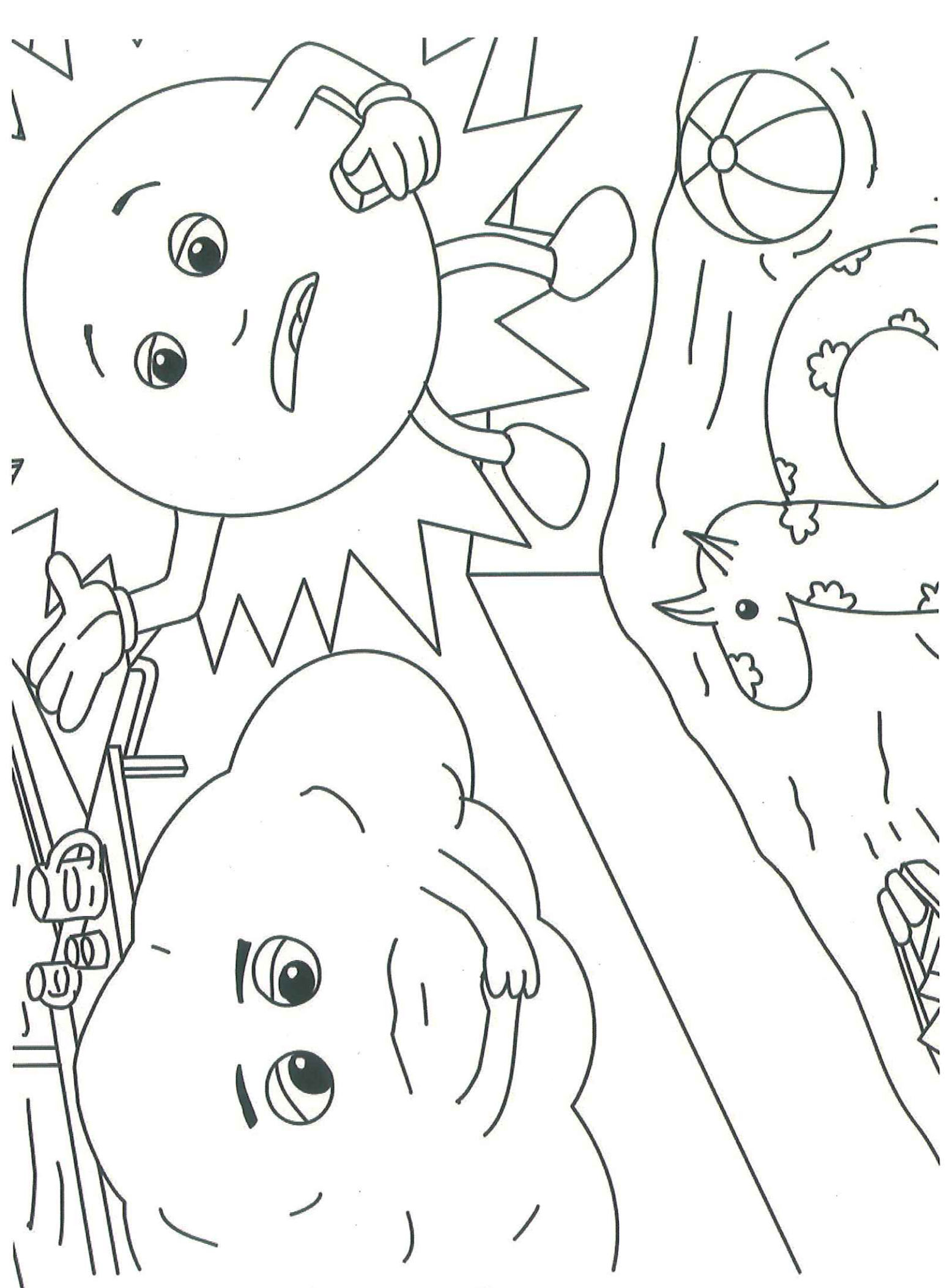
Tuca, con su pico amarillo; Cebrián, con sus rayas blancas y negras; y Tigretón, con sus rayas naranjas y negras, volvieron a jugar felices. Pero, eso sí, algo era distinto: los tres amigos, cada mañana, al despertarse, miraban hacia arriba con gratitud, agradecidos de un Sol y una Lluvia de la Selva Verde que, casi nunca, se iban de vacaciones.

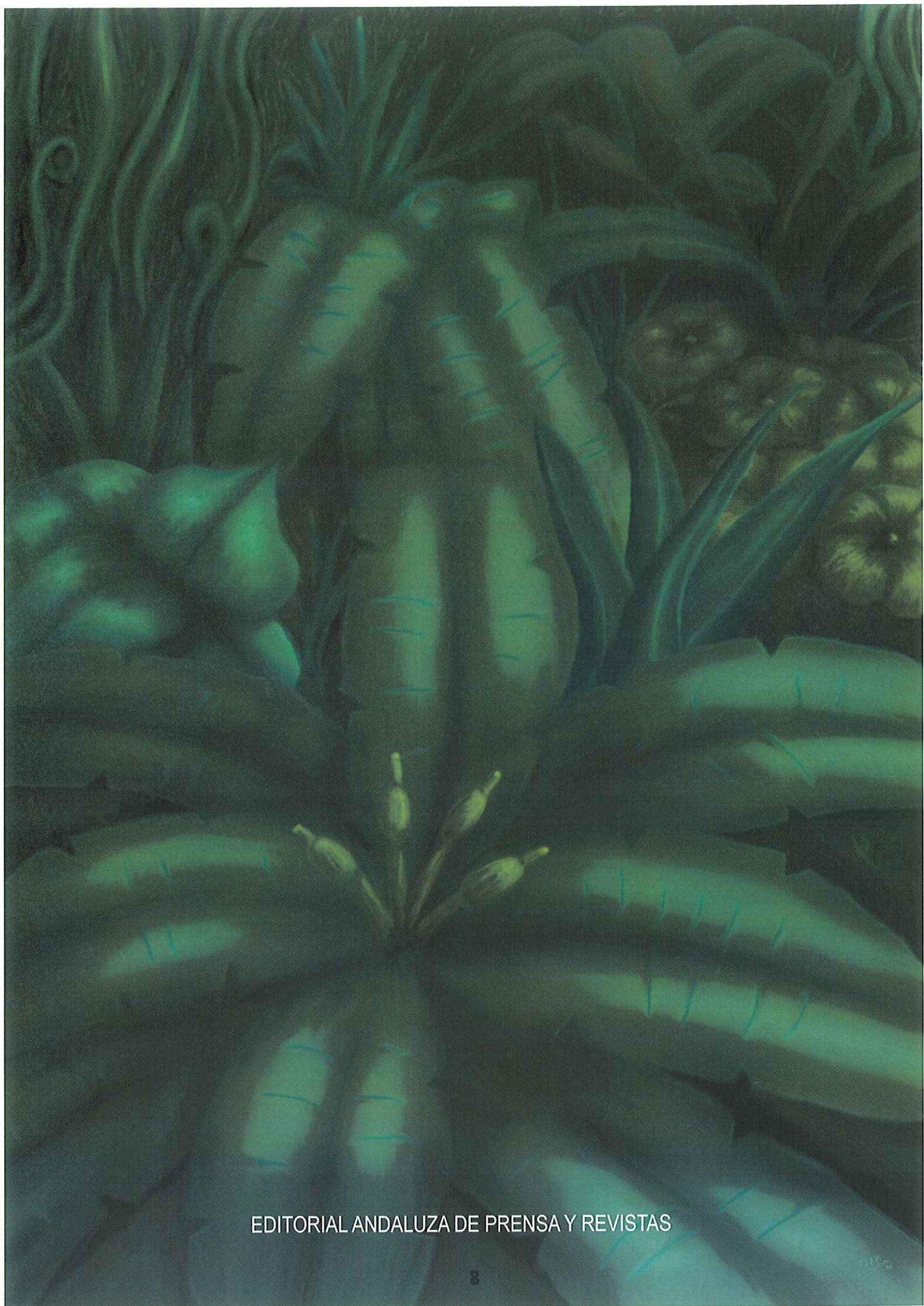
FIN











EDITORIAL ANDALUZA DE PRENSA Y REVISTAS